

JORDI MARTÍNEZ JOSEP MATEU

**EL
SECRETO
DEL
HOSPITAL**

Platero
COOLBOOKS 

Título: El secreto del hospital

Primera edición: abril, 2026

© 2026, del texto Jordi Martínez y Josep Mateu.

© 2026, de la edición, maquetación y diseño Platero CoolBooks.

© Platero Editorial S.L.

Glorieta Fernando Quiñones s/n .

Edif. Centris, planta 2, módulo 10. 41940 Tomares (Sevilla)

info@plateroeditorial.es

www.plateroeditorial.es

Diseño de cubierta: Platero Coolbooks.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa de los titulares del copyright.

Printed in Spain-Impreso en España

Depósito legal: SE 1484-2026

ISBN: 979-13-87720-96-4

ÍNDICE

1	9
2	15
3	21
4	27
5	33
6	39
7	43
8	49
9	57
10	61
11	65
12	71
13	77
14	81
15	87
16	93
17	99
18	105
19	109
20	115
21	119

22	125
23	131
24	137
25	143
26	149
27	155
28	159
29	165
30	173
31	179
32	185
33	189
34	193
35	199
36	203
37	211
38	217
39	223
40	229
41	235
42	241
43	247
44	251
45	259
46	265
47	269
48	275
49	281
50	287
51	291

52	297
53	303
54	307
55	311
56	315
57	317
58	321
59	327
Epílogo	331
Agradecimientos.....	335

1

Sonaron doce campanadas desde el campanario de la catedral de Barcelona. Era medianoche.

¡Ding, dong! Por fin, suena la última. Un nuevo año acaba de entrar, 1960, el último de la década.

Horas antes, a las diez de la noche, como era habitual cada año, el Caudillo realizaba el mensaje de fin de año. En su emisión de esa hora, Radio Nacional de España lo retransmitió a todos los hogares. Los pocos que poseían televisores pudieron ver a aquel hombre que dirigía con mano férrea el control del país. También los periódicos, en su segunda edición, publicaron el mensaje.

Con «españoles» era el consabido inicio de sus discursos. Se enorgulleció del veinte aniversario de la finalización de la guerra civil, achacando todos los males estructurales de la nación, desde los últimos doscientos años, a la República. Era, gracias al Movimiento Nacional, que él encabezaba, que se pudieron corregir estos males. Hizo mención a una nueva gran baza, el Plan de Estabilización y alerta a no bajar la guardia ni cejar en la vigilancia por el peligro que incita el comunismo internacional y sus compañeros de viaje, que tienen bajo el punto de mira la península.

En su finalización quiso ser contundente, con su brazo derecho moviéndolo, insistentemente, de arriba abajo, como movido por un hilo, señaló:

—Y, para terminar, antes de cruzar el umbral del nuevo año, yo invito a cuantos me escuchan a que con el pensamiento en alto sean nuestros recuerdos y oraciones para cuantos cayeron en este afán de forjar la España

Una, Grande y Libre de nuestros ideales.

Siendo sus últimas palabras:

—Españoles: ¡arriba España!

Lo cierto era que el modelo autárquico de la economía española estaba agotado y era inviable no contar con el exterior, la crisis era acuciante: incremento del coste de la vida y la inflación galopante. El Plan de Estabilización, adoptado el 6 de marzo de 1959, quería subsanar el problema. Las fuertes disputas internas entre los más tradicionalistas y un nuevo grupo de tecnócratas, pertenecientes al Opus Dei, acabaron por desplazar a los primeros hasta convencer a Franco con la finalidad de tomar decisivas medidas. No sin reticencias este se avino.

El gran acontecimiento fue el empujón al Régimen que significó la visita a Madrid del presidente de Estados Unidos, Dwight D. Eisenhower, el día 21 de diciembre, retransmitida con todos los honores a través de la señal de Eurovisión. El evento hizo que el Caudillo se sintiese eufórico ante la visita del mandatario del país más influyente del mundo.

Durante las fiestas de Navidad hasta los Reyes Magos, el centro de Barcelona estaba iluminado. Los escaparates de los comercios relucían adornados. Las tiendas de regalos eran las más visitadas. Los niños quedaban prendados por todos los artilugios que se les ofrecía ante la próxima llegada de Melchor, Gaspar y Baltasar. Entre los mayores la gran estrella era el televisor, el anhelo de unos, inalcanzable para muchos, desde que llegó a España en 1956, con su primera emisión el 28 de octubre, cuando tan sólo había doscientos receptores.

La gran mayoría de la población sufría estrecheces, eran muchos los que, en los suburbios, vivían del trapicheo y la delincuencia. Ante la apariencia subsistía un submundo que convivía discretamente.

El Plan todavía no dio sus frutos. En la Ciudad Condal diversas corporaciones económicas hacían notar su malestar. El ritmo industrial decreció en los sectores de la construcción, el papelero, el metalúrgico y el textil. Existía descontento en el empresariado y paralización de la inversión. Pero eran las clases económicas débiles las que se veían obligadas a bajar su nivel de vida debido a una fuerte disminución de ingresos. Muchas empresas se vieron forzadas a cerrar y el desempleo comenzó a aumentar. Además, sobre el trabajador se hacía notar la supresión de primas

y horas extraordinarias. Consecuencia de ello fue la emigración de miles de ciudadanos españoles hacia diversos países de Europa occidental en plena euforia expansiva. Otra consecuencia sería el aumento de la combatividad de la clase obrera.

En los hogares, la celebración del nuevo año variaba según su condición económica. En pocos con gran abundancia, en otros con modestia, pero con ilusión, otros muchos ni lo querían celebrar. No pensaban en el futuro, tan solo en el día a día.

En un lugar muy alejado del centro, en la carretera de la Rabassada, km 3,8, en un desvío, en el que se adentraba por un camino de tierra, iba a tener lugar una cita.

El primero en llegar fue un coche. Dejó las luces encendidas. Antes de bajar observó el bulto que tenía en el asiento de al lado del conductor. Respiró hondo, miró sus manos todavía en el volante, apoyó una para abrir la puerta, parecía como si se lo pensara unos segundos. Por fin salió, despacio. El frío recorrió sus entrañas, los termómetros marcaron durante el día seis grados centígrados de temperatura, ahora, en aquel lugar, apenas habría uno o dos, se maldijo porque ni llegó a pensar en los guantes. Dudó en volver al auto, pero estaba muy nervioso, no podía estarse quieto. Pataleó por unos momentos, necesitaba enroscar bien la bufanda.

Ya lo hizo otras veces, pocas, pero le era inevitable sentir ese hormigueo en el estómago, unas náuseas le devoraban, pero consiguió contenerlas. Apenas había cenado, fue incapaz.

A pesar de la noche había una vista privilegiada. La luna resplandecía, escoltada por un mar de estrellas luminosas. Contempló la extensión de la ciudad por las luces, más concentradas en el centro. Volviendo a la realidad se giró hacia la oscuridad, en la parte montañosa, llena de vegetación, aunque no iba a ver nada.

Era allí donde se encontraba un hombre. Él lo sabía, le avisó para que observase lo que se iba a llevar a cabo, porque anhelaba terminar con todo aquello, no imaginaba cómo, tal vez sería el primer paso para acabar con esa pesadilla en la que estaba envuelto.

Ese hombre se encontraba bien oculto, entre los arbustos pasaba muy bien desapercibido, tenía una visión espléndida del lugar. Estaba aterido, a pesar de abrigarse a conciencia, sabía a lo que iba. Pero, aun así, le

castañeaban los dientes y su cuerpo no podía evitar hacer ligeros movimientos de temblor.

Tan solo habían transcurrido diez minutos cuando se avistó la llegada de otro coche. Despacio, se acercó al lugar del primero. No salió nadie. El individuo escondido, con el corazón en un puño, no perdía detalle. Pensó que querrían asegurarse de que el primero que llegó estuviese solo. También dejaron las luces encendidas, con lo cual la zona del encuentro estaba bien iluminada, rodeados de oscuridad.

Descendieron dos hombres. El conductor permaneció en él.

El hombre que observaba se llevó un enorme susto cuando vio que uno de ellos llevaba algo en su mano derecha, parecía una pistola. Resopló aligerado al ver que se trataba de una linterna. Llegaron al encuentro del primer hombre. Se saludaron escuetamente, escuchó un murmullo de palabras, pero a pesar de su esfuerzo, no consiguió oír ninguna de ellas. Los hombres eran fuertes, uno de ellos superaba el metro ochenta, el otro, más bajo, pero muy corpulento de espaldas. Ambos llevaban buenos abrigos.

Vio cómo el del primer coche, después de hablar, algo más agitado, se encaminó hacia su vehículo. Los otros dos hombres le siguieron con la mirada cuando se dirigió a la puerta del copiloto. De ahí extrajo el bulto, lo miró con detenimiento, como si examinase que no faltara nada. El más bajo de los hombres se acercó con el fin de recogerlo, luego caminó parsimoniosamente hacia el coche y lo dejó en el asiento de atrás sin mirar al conductor. Retrocedió otra vez al lugar y le comentó algo.

—Buen trabajo. —Esta vez se oyeron perfectamente las palabras.

Al mismo tiempo vio cómo el más alto sacaba un pañuelo del bolsillo y se situaba detrás.

En breves segundos, con agilidad, le tapó la boca con el pañuelo, mientras el más bajo le sujetaba los brazos.

El hombre que lo observaba estaba horrorizado, impotente, paralizado por el miedo, sabía que no podía hacer nada. Hundió su cabeza en el suelo inconscientemente, no quiso ver ese suplicio. Pero volvió a levantarse en el momento en que era empujado por el precipicio.

Todo ello sin proferir palabra alguna, un trabajo rápido, muy rápido. Los dos hombres miraron hacia abajo.

—Enfoca —dijo escueto el más bajo indicando la linterna.

El alto le hizo una seña con la cabeza.

—Voy a bajar —hablaban fuerte, con total claridad, convencidos de estar solos.

—¿Qué coño hacéis? —preguntó el conductor sacando la cabeza por la ventanilla.

Los otros ni le contestaron, el más bajo se deslizó por la pendiente.

—Enfoca bien, joder —dijo desde abajo.

Tras cinco minutos de larga espera, apareció de nuevo.

—Ya está, muerte por accidente. ¿A quién se le ocurre pasear por estos andurriales a estas horas de la noche, tan oscuro?

El bajo le dio con el dorso de la mano con suavidad en el pecho de su compañero, indicándole que ya podían marcharse.

El hombre que contempló la escena estaba sobreexcitado, perdió el control y, sin apercibirse, realizó un movimiento que removió los arbustos. Al mismo tiempo, cerca de él, se escuchó un fuerte ruido, algo pasó veloz por su lado.

Los dos hombres, cuando se dirigían al vehículo, se pararon al escuchar el fragor. El más alto dirigió su linterna hacia el lugar. Ahí, plantado en el camino, permaneciendo quieto unos instantes, mirándolos, un jabalí pequeño. Al verse observado, con presteza, se perdió en la oscuridad.

—Jodido, menudo susto me ha dado, el cabrón —dijo el alto. Al mismo tiempo miró el coche de la víctima—. ¿Y el coche?

—¿Qué quieres hacer? El muy tonto paseaba, imprudente, se bajó a mirar quién sabe qué, despistándose, se cayó y fue a darse en la cabeza. Ya te lo he dicho, o no sabes interpretar las cosas.

Ambos se fueron sin prisas, con la tranquilidad de la impunidad.

El más bajo le dijo al chofer.

—Espera. —Se le había desabrochado el cordón de un zapato. Con parsimonia se lo ató y entró.

—Vayámonos.

Ya solo, el hombre que lo presenció todo quedó aterrorizado, atenazado por el miedo. Todavía en el suelo, temblando, se arrodilló y lloró desconsoladamente por el asesinato. Tenía la mente paralizada, le costaba reaccionar. Reconoció a uno de esos asesinos. Contempló el auto todavía con las luces encendidas. Se levantó y tuvo que apoyarse en un árbol. ¿Qué

iba a hacer? ¿Tendría valor de tomar una iniciativa? Sabía que estaba muy solo.

Mientras, en una lujosa calle de la zona alta de Barcelona, donde las penalidades no se percibían, descorchaban una botella de champán. Sin conocer las consecuencias del acto acaecido apenas hacía unos instantes a unos pocos kilómetros, celebraban el esperado desenlace con el que, con dinero e influencias, podrían satisfacer sus deseos.

2

La mañana era húmeda, fría y el día lluvioso prometía un invierno duro. Julián García se dirigía a la comisaría donde él era la máxima autoridad. Iba con su vehículo Seat 1400. En las calles el tráfico era fluido a pesar que tener coche era, para muchos, un lujo que no podían permitirse, eso no quería decir que en las calles anchas de Barcelona no hubiese proliferación de vehículos. Durante el trayecto vio a una pareja de ancianos que buscaban refugio de la lluvia insistente que caía. Vio también a una madre que iba con su hijo y entraba en un colmado. No pudo evitar una sonrisa de desprecio al ver a otra mujer con su hijo pequeño, este con botas de agua pisando un charco ante la paciencia de su progenitora. Mientras, García solo pensaba en cambiar su vehículo, no en vano eran ya siete años con este, pues apareció en España en 1953, fue de los primeros coches de este modelo fabricados en la factoría de la Zona Franca, y su cargo de comisario principal le permitió comprarlo. Hoy no era un buen día para él. Su hijo, un mozo de diecisiete años que se llamaba igual, era rebelde y contestatario. Antes de salir tuvo una pelea en casa. El jovencito se empeñaba en ser policía de mayor. Idolatraba a su padre.

Julián García era muchas cosas y muchos le temían por ello. Le costó grandes esfuerzos ocupar el cargo que ahora ostentaba. Mintió, embaucó, traicionó, vilipendió, según él, para depurar a aquellos débiles que se alejaban de las ideas fundamentales del Movimiento. No dudó en pisarlos sin el menor asomo de escrúpulos, todo para llegar a ser el comisario principal.

Le apodaban el Inquisidor, unos decían que el motivo era por el placer que sentía al someter a torturas a los desgraciados que cayeron en sus

manos, otros decían que la razón estribaba en que era un hombre implacable con los delincuentes, pero él era inmune a todas esas habladurías.

La única verdad es que Julián García era un hombre cruel. Un miserable hijo de puta de la peor condición y un enemigo terrible para cualquiera que se cruzase en su camino. Su presencia, ya de por sí, era imponente, no en vano era un hombre alto para la época.

Llegó a la Jefatura Superior en la calle Vía Layetana y, al salir del vehículo, notó el frío reinante que imperaba en el ambiente, a pesar de llevar un buen abrigo, bufanda y un sombrero, no pudo evitar sentir un estremecimiento por la baja temperatura.

Dentro de la comisaría era otra cosa. El ambiente estaba caldeado por las estufas y muchos de los agentes estaban sentados en mangas de camisa tecleando, a saber qué, en sus máquinas de escribir. El olor a tabaco era la nota predominante. García entró gruñendo un escueto «buenos días» y se metió en su despacho. En la mesa estaba la prensa del día: *Diario de Barcelona*, *La Vanguardia*, *Solidaridad Nacional*, *La Prensa*, *El Correo Catalán*. También estaba la *Hoja del Lunes* que solo se publicaba en el día que hacía honor a su nombre. Se lo había dejado, puesto que no le dio tiempo a leerlo el día anterior. A García no le gustaba perderse detalle de lo que decían los periódicos. Los iba a hojear uno a uno mientras iniciaba el ritual de cada mañana: pedir que le preparasen un buen café caliente. Una vez se lo trajo un subordinado, abrió su cajón, donde tenía una pequeña petaca de *whisky*, y le echó un chorrito para entrar en calor. Tardó unos segundos en notar la agradable sensación en su cuerpo. Acto seguido sacó un Ducados y lo encendió. Antes de todo esto siempre ponía la radio, le gustaba estar al día en todo momento. Escuchó un suceso que le alegró sobremanera. Era algo esperado desde hacía mucho tiempo, sabía que en la jefatura llevaban tiempo detrás de él. La noticia iba a sacudir a todo el país. Esta era la muerte de Francisco Sabaté Llopart, más conocido como Quico, que era el último anarquista. Todo se remontaba del 17 de diciembre de 1959 al 3 de enero de 1960, Quico y sus hombres consiguieron evadir las patrullas: las de la policía francesa primero y más tarde la de la Guardia Civil. Apostados como estaban por el Pirineo catalán, aguantaron todo lo que pudieron. Cuando la situación se hizo insostenible huyeron hasta refugiarse, el 4 de enero de 1960, en la masía Mas Clará, situada en las montañas entre

Gerona y Bañolas, lugar donde fueron acorralados por la Benemérita. El intercambio de disparos fue intenso y el resultado fue la muerte de todos los hombres de la partida de Quico, excepto él, que consiguió huir, a pesar de las feas heridas recibidas en una nalga, un muslo y el cuello. Aun así logró cruzar el río Ter y llegó a Fornells de la Selva, donde subió a un tren. Su intención era llegar a Barcelona, pero fue descubierto por el maquinista y se vio obligado a saltar a otro ferrocarril, pero la Guardia Civil ya estaba sobre la pista debido al aviso de los ferroviarios y le pisaba los talones.

Era una huida que lo llevaría a la muerte.

Acorralado como estaba y cerca de San Celoni, saltó del tren en marcha y, ya en el pueblo, cuando buscaba un médico para que le atendiera, tras un tiroteo con el somatén Abel Rocha, cayó muerto. Eran las ocho de la mañana del 5 de enero de 1960, Quico tenía cuarenta y cuatro años. La noticia alegró a García, «por fin ha caído esa mierda de anarquista», pensó. Ya satisfecho empezó con el primero de los periódicos, su rostro denotaba satisfacción cuando leía sobre el desgraciado accidente sucedido en la madrugada del 1 de enero, en el que fue encontrado un hombre muerto que, al parecer, cayó por una pendiente en la carretera de la Rabassada. De súbito, una vez leídos todos, a excepción de *El Correo Catalán*, pues siempre tenía la costumbre de dejarlo para el final, su rostro de satisfacción se demudó, primero en estupor y después en ira. En ese periódico, el único donde daba leves señales, muy leves, sí, de catalanismo, la noticia era diferente. No podía creerlo. Retiró los pies de la mesa y golpeó esta con su puño de tal modo que volcó la taza de café.

Donde todos los periódicos hablaban de accidente, ¡*El Correo Catalán* hablaba de asesinato! Justo en ese instante sonó el teléfono:

—Diga. —Su tono no dejaba lugar a dudas de cómo se encontraba

—Hola, señor comisario, soy Pedro González, director del hospital. He leído los periódicos, no entiendo cómo en uno de ellos difiere la noticia de la muerte del hombre de la Rabassada.

—Eso es algo que voy a averiguar —le contestó irritado.

—Ya sabe que ese hombre era un enfermero y...

—Lo sé y te he dicho que lo voy a averiguar. No me gusta repetir las cosas —le atajó sin contemplaciones—. Adiós.

Acto seguido, García llamó a uno de sus subordinados.

—Baena, búsqieme el número de teléfono de *El Correo Catalán*, rápido.

A los pocos minutos, Baena apareció con el número requerido.

—Bien, puede retirarse.

García marcó el número, estaba furioso. La noticia del anarquista muerto le había alegrado el día, ahora esto lo ensombrecía por completo. Tuvo que llamar dos veces, pues la primera no hubo respuesta, mientras su cólera aumentaba por momentos. Por fin una voz se puso al otro lado del hilo.

—Buenos días, le habla *El Correo Catalán*. ¿Qué desea?

—Soy Julián García, comisario principal de la Jefatura Superior. ¡Exijo hablar con el director de su periodicucho!

—Sí, señor, voy a mirar si está —contestó con voz insegura.

—¡Rápido! —exclamó—. No me gusta esperar.

—Hola, soy Andrés Roselló, director del periódico. ¿En qué puedo ayudarle? —Su voz denotaba cierto nerviosismo, cuando la policía llamaba indicaba, inevitablemente, problemas.

—Es por esa farsa de embustes que han publicado sobre el muerto de la Rabassada. ¡Ha sido un accidente! Todos los periódicos así lo afirman. ¿Quién cojones de sus mierdas de periodistas se atreve a publicar lo contrario?

Andrés Roselló calló por unos segundos. No era conveniente llevar la contraria. Dudó antes de responder.

—Señor, puedo asegurarle que nuestras fuentes son solventes —le contestó con el tono más humilde que pudo.

—¿Solventes? ¡Y una mierda! Todos los periódicos dicen lo contrario y el suyo me sale con esta estupidez sin sentido. Quiero saber el nombre de ese periodista y en qué se basa para escribir tamaña mentira. Y no solo eso —continuó sulfurado—, le exijo una rápida rectificación de la noticia y la quiero ver mañana en primera plana. ¿Me ha entendido?

—Eh..., sí, claro, señor, no se preocupe. No entiendo cómo ha podido pasar. El chico me aseguró que fue un asesinato y le creímos. Sin duda se debió equivocar. Hablaré con él y le pediré que me aclare este asunto.

—¿Acaso el director de un periódico no revisa las noticias de calado que publican? Su nombre, quiero su nombre. Por su bien espero no tener

que repetirlo. —Su voz era tan gélida como la temperatura reinante.

El director del periódico se encontraba cada vez más intranquilo, pero no podía negarle nada a la policía. De hacerlo podría haber graves consecuencias.

—Se me pasó, un error imperdonable, no entiendo cómo pudo ocurrir. En cuanto al nombre del periodista, se llama Juan Gutiérrez, señor, pero...

A Andrés Roselló no le dio tiempo para decir nada más. García ya había colgado.

—¡Baena! —exclamó.

El pobre Baena conocía bien el carácter del comisario, se levantó como una exhalación golpeándose la rodilla contra la mesa.

—Dígame, señor.

—Llama a Fernández.

García era consciente de la gravedad del asunto y no había tiempo que perder.

3

El rostro de Andrés Roselló era de preocupación, sabía que el comisario García era un mal bicho. Debía andar con cuidado. Se preguntó cómo se había dejado convencer por Gutiérrez para publicar esa noticia. Este nunca le había fallado y no dudaba de su palabra. Sin duda esto iba a traer consecuencias graves para el periodista y, por si fuera poco, ahora la noticia de la muerte de Quico el anarquista. Esta era una noticia que debía salir en primera página mañana, pues todos los periódicos así lo harían y, en cambio, el comisario le exigía una rectificación sobre ese supuesto asesinato que parecía ser solo un accidente. Meditó durante unos momentos qué hacer. Sacó un cigarrillo y lo encendió. A la hora de tomar una decisión, fuese cual fuese esta, siempre lo hacía. Se decía a sí mismo que le ayudaba a relajarse, a pesar de la intensa tos que le entraba por las mañanas. Una vez consumido el cigarro se levantó. Fuera seguía lloviendo cada vez con más insistencia, ello iba acompañado de relámpagos y truenos. Roselló se acercó a la ventana desde donde se divisaba la calle. Encendió otro cigarro con tranquilidad mientras pensaba. Vio a varios transeúntes refugiarse al amparo de los portales en busca de refugio, con la que estaba cayendo parecía el diluvio universal. Una vez consumido el segundo pitillo, abrió su puerta. La redacción echaba humo debido a la muerte recién conocida del anarquista. Los periodistas miraron a Roselló, en sus rostros se mostraba la ansiedad que reflejaba quién iba a ser el elegido para cubrir el suceso.

El director los miró a todos hasta que sus ojos se clavaron en los de Gutiérrez. A este se le veía desenchajado, Roselló adivinaba el motivo. Además de la noticia, había otros motivos personales para escogerlo a él y no

solo por la reprimenda recibida del comisario.

El padre de Gutiérrez fue amigo personal de Quico el anarquista, aunque este hecho no era conocido por nadie de la redacción.

—Gutiérrez, venga a mi despacho. —En el rostro de los demás periodistas se reflejó la decepción.

Tenía veintiocho años, de facciones suaves, moreno, empezaba a mostrársele una incipiente calvicie en la coronilla, medía metro setenta, bastante delgado, de musculatura endeble. Siempre iba pulcramente vestido, con traje y corbata, esta vez presentaba un aspecto un tanto desaliñado. La corbata, ni mucho menos, le ajustaba al cuello y la barba era de dos días como mínimo.

Una vez dentro, Roselló le invitó a tomar asiento.

—¿Cuánto tiempo hace que trabaja para nosotros? —le preguntó con voz seca.

—Creo que cuatro años, señor.

—Casi cinco —le corrigió el director—, cinco años prácticamente y en este tiempo se ha convertido usted en el mejor periodista de la redacción.

—Yo..., este, gracias.

—Y ahora me pregunto cómo hemos llegado a esta situación.

—No estoy muy seguro de entenderle, señor.

—Ya —dijo con tono cansado—. ¿Desea un café cargado? Le va a hacer falta. No le veo muy buen aspecto. Usted suele ser muy cuidadoso con su forma de vestir. ¿Qué le dice su novia al respecto? —La pregunta era puro formulismo antes de entrar en el verdadero motivo por el que le había hecho llamar.

—¿Mi novia?

—Sí, su novia. ¿Cómo se llama? —preguntó acariciándose la barbilla, adoptando una posición pensativa.

—Elvira, Elvira López, señor.

—Eso es, sí, la recuerdo: rubia, alta, esbelta. Una auténtica belleza. Trabaja en el Hospital de Nuestra Señora de los Milagros, ¿cierto?

—Sí, sí, señor, pero lo nuestro terminó hace ya un tiempo, está superado. Simplemente el amor se acabó. El fin llamaba a la puerta día y noche, hacía tiempo que esta se venía abajo, hasta que la derribó. Fin de

la historia.

—Vaya, cuánto lo siento. Entonces su aspecto de dejadez no es por ella. —No era una pregunta, sino una afirmación.

—No, no, señor, verá, últimamente he tenido problemas —contestó a modo de explicación—. Pero, señor, si es por lo de Quico, no se preocupe. Era amigo de mi padre desde la infancia, yo lo conocía, pero no tenía trato con él desde hacía años y mi padre está muerto. No hay problema.

El director por toda respuesta pidió el consabido café y otro para él. Se le notaba nervioso y no hacía más que moverse en la silla, como si no encontrara la posición adecuada para sentarse. Contempló el retrato de su esposa e hija y lo movió ligeramente hacia la derecha. Gutiérrez lo había visto hacerlo otras veces, siempre cuando estaba preocupado, y eso solo significaba una cosa: problemas. Le ofreció un pitillo al intranquilo periodista que aceptó gustoso.

—¿Ha leído los periódicos del día? —preguntó con cara avinagrada.

—Acabo de llegar a la redacción como el que dice. Lo iba a hacer cuando usted me llamó.

Roselló se los puso encima de la mesa. Su rostro no podía disimular la cólera que sentía.

Gutiérrez los fue leyendo uno a uno, era consciente de que lo había engañado hasta ponerlo en una situación límite. Cuando su jefe terminó de leerlos observó su faz furibunda.

En esos momentos se escuchó un relámpago que, a través de la ventana, iluminó por unos segundos el pétreo rostro de Roselló, que lo miraba de manera indescifrable.

—¿Sabe qué llamada acabo de recibir? ¿No se lo imagina?

—No estoy muy seguro —respondió titubeante Gutiérrez.

—Sabe quién es el comisario García, ¿no?

La pregunta era retórica y no necesitaba respuesta. Todo el entorno por el que se movía el mundo del periodismo conocía perfectamente quién era.

—¡Maldita sea, Gutiérrez! ¡Asesinato! ¡Hemos publicado que fue un asesinato! Y todos los periódicos afirman lo contrario. García me ha llamado hecho un basilisco. Me ha exigido, no pedido, dos cosas: una, que rectifiquemos la noticia mañana y nos alineemos con los demás periódicos.

La palidez del periodista era notoria. Solo supo preguntar:

—¿Y la otra, señor?

—Su nombre, Gutiérrez, quería su nombre y eso le augura problemas. Ahora dígame de dónde sacó la noticia. Hemos arriesgado la credibilidad del periódico, y todo por hacerle caso. Nunca he dudado de usted. Ha escrito crónicas maravillosas, pero esto... ¿Quién era su fuente? —preguntó mientras sacaba otro cigarrillo, el quinto ya en diez minutos. Gutiérrez comprendió lo nervioso que estaba el director.

Este respiró hondo antes de contestar.

—Mi fuente era fiable y fue un asesinato, señor. —Su respuesta era firme.

—¿Cómo está tan convencido de ello? Quizás se confundió, era de noche y pudo imaginar lo que no era en realidad.

—Confiaría a ese hombre mi vida. Si me aseguró que fue un asesinato es que lo fue —insistió Gutiérrez.

Mientras, fuera, en el despacho, se escuchaba un gran bullicio. Sin duda la noticia de la muerte de Quico había creado un grado de ansiedad a muchos de los reporteros. Hubo un par que cogieron sus gabardinas y salieron a la calle. Otros no sabían qué hacer. A pesar de que el director llamó solo a Gutiérrez, él solo no podía cubrir la noticia. Dos de los más intrépidos decidieron, por su cuenta, ir al lugar de los hechos con la intención de ampliar la información. Por otra parte, tampoco conocían el motivo por el cual Roselló había llamado a su periodista favorito.

En ese mismo momento, en el despacho, seguía la conversación.

—Entonces mañana, sin falta —puntualizó—, quiero una rectificación sobre ese erróneo asesinato.

—Señor, no es un error, fue un crimen, se lo garantizo —insistió el periodista.

Roselló volvió a mover el retrato de su esposa e hija. Después de hacerlo y con un hastío claro en su voz, contestó a Gutiérrez.

—Asesinato o no, vamos a rectificar la noticia. La va a escribir diciendo que su fuente se ha desdicho de lo que le dijo, se confundió. A ver si de este modo podemos aplacar la tempestad que se nos... —rectificó la última palabra—, le viene encima. Intentaré, por mi parte, hablar con el comisario y decirle que todo ha sido un error nuestro. Que quien nos dio la

noticia estaba equivocado. No voy a poner en peligro la existencia de este periódico que está en la calle desde 1876, pero debe decirme quién fue.

Gutiérrez se encontraba entre la espada y la pared. Por una parte, un periodista jamás debía revelar sus fuentes. Es una de las primeras lecciones que recibían. La otra era rigurosidad en sus noticias. Contrastarlas siempre, pero él sabía bien lo que le esperaba si se empecinaba en su actitud.

—Va en contra de mis principios, pero por el bien del periódico cumpliré lo que me ha ordenado, a pesar de que estaré mintiendo —dijo a regañadientes—, pero revelar mi fuente no lo puedo hacer, señor, lo siento, y usted lo sabe.

Roselló estaba furioso debido al empecinamiento de su periodista. Encendió otro cigarro. A este paso antes de la hora de comer se fumaría todo el paquete.

—Lo entiendo. —Su voz denotaba el ahíto que sentía. En sus tiempos él también tenía que tragarse sapos, y su respuesta hubiera sido la misma. Del mismo modo conocía bien a Gutiérrez y era consciente de que no iba a moverse de su posición—. Está bien, espero que García se conforme con su nombre. Siento que le estoy entregando a los leones, pero no puedo hacer otra cosa. Por otra parte, quiero que cubra la noticia de la muerte de Quico y le exijo —añadió— que lo trate como un delincuente peligroso que disparó e hirió a varios policías. Quiero que su crónica sea la más dura de todas con respecto a los otros periódicos. Que el lector lea que era un personaje de la peor especie y un gran enemigo del Régimen. Lo hizo muy bien cuando relató la muerte de José María Jarabo, no tuvo inconveniente en ensañarse con él.

—Señor, eso fue diferente. ¡Era un canalla! Lo fue desde que estuvo en Nueva York en la cárcel por tráfico de drogas y pornografía, y no solo eso, sino que en España asesinó a cuatro mujeres y una de ellas estaba embarazada. No, señor, no es lo mismo.

—Esta pasión irrelevante es la que deseo que utilice para explicar la muerte de ese anarquista. Espero que leer esta noticia calme a García, por mi parte le llamaré para decirle que todo está arreglado, que ya no existe tal problema. Y esperemos que esto se quede aquí. Una contundente rectificación y la crónica que le he pedido espero que sean suficientes, a

pesar de ello, no sé si bastará. Esperemos que sí, de ser lo contrario le vaticino muchos problemas, y le confesaré que me siento culpable —anunció con pesar—, nunca debí dejar que se publicara esta noticia. Ahora el mal ya está hecho. Veremos cómo acaba esto, vaya a hacer su trabajo. Tiene mucho.

Gutiérrez asintió en silencio, se fue del despacho con la sensación de derrota. Roselló sacó otro cigarro, «Mierda, a este paso en un par de horas me quedo sin tabaco».

Lo que no sabía es que los problemas solo acababan de empezar.

Y esto solo era la punta del iceberg.

4

El comisario general Julián García tenía cincuenta y seis años. Nació en Villadiego, un pueblo con apenas mil quinientos habitantes de la provincia de Burgos. Cuando se produjo el Alzamiento Nacional para unos, o la Sublevación Militar para otros, tenía treinta y dos años. Justo hacía cinco años contrajo matrimonio con una bella mujer, nacida en un pueblo cercano, Saldaña de Burgos.

Se alistó muy pronto en el Bando Nacional, ya que el territorio burgalés fue zona controlada por los militares. Al finalizar la guerra entró triunfante en Barcelona, donde se quedó a vivir. Es aquí cuando cimentó su ideología de forma inquebrantable. También fue aquí donde tuvo un hijo, que puso de nombre Julián, como él, pero su mujer falleció al tenerlo en el año 1943.

Los dirigentes del nuevo régimen, con Francisco Franco como caudillo, organizaron el aparato policial adaptándolo a su ideología para que sirviese de control social y orden público. La Dirección General de Seguridad fue reformada, modificándose su estructura. Un auténtico brazo ejecutor de vigilancia y seguridad.

En 1941 se crearon las Jefaturas Superiores de Policía, entre ellas las de Barcelona, con autoridad propia, pero subordinada al gobernador civil. De forma diaria debían poner en conocimiento de esta autoridad todos los asuntos merecedores de atención especial.

A nivel interno se articulaba en dos escalas: una primera, la superior o de mando, constituida por comisarios y jefes; y una segunda de ejecución, compuesta por inspectores y agentes.

Para llegar a estos escalafones era imprescindible reunir las

condiciones políticas, morales, y la capacidad profesional necesarias, además de probar su indiscutible adhesión a la Causa Nacional, teniendo muy en cuenta los antecedentes.

Para el ingreso al Cuerpo General de Policía era condición indispensable la lealtad, disciplina, sacrificio y austeridad, acatando las órdenes de sus superiores sin discusión. La selección era rigurosa, sus integrantes debían demostrar una probada adhesión política al Movimiento.

Así es cómo Julián García llegó a comisario principal en la Jefatura Superior de Policía de Barcelona situada en la Vía Layetana. En ella destacaban dos secciones: la Brigada de Investigación Social, conocida por Brigada Político-Social, la policía secreta, muy temida por sus métodos, con manga ancha para ejecutarlos, sin el menor escrúpulo, con el fin de obtener los frutos apetecidos. Costase lo que costase en la búsqueda de elementos distorsionadores como comunistas y anarquistas. Formaban parte los temidos hermanos Creix: Antonio Juan Creix y Vicente Juan Creix, que utilizaron técnicas de tortura aprendidas del FBI. A Antonio se le atribuía el plan de la muerte de Quico Sabater. Pagados miserablemente, aunque recibían recompensas por sus eficaces trabajos.

La otra sección era la Brigada de Investigación Criminal, encargada de investigar los crímenes y delitos comunes. Era la comandada por Julián García, que pasó sobradamente todos los condicionantes ideológicos.

Seguro de sí mismo, exacerbado, prepotente, pero muy efectivo y valorado por sus superiores. En su vida personal era un solitario, jamás superó la muerte de su esposa, le quedaba el consuelo del hijo, al que imaginaba como un digno sucesor. En su mesa había un marco con la fotografía de su mujer cuando tenía treinta años, en las paredes dominaban, detrás de él, una gran fotografía enmarcada del Caudillo junto a otra de José Antonio, y enfrente una cruz.

Guardaba los recortes de los discursos de Franco. De vez en cuando, en la soledad de su despacho, los sacaba para releerlos. Uno de sus favoritos era el realizado el 18 de julio de 1940, durante los años del hambre, en el que decía: «no queremos una vida fácil, cómoda. Queremos una vida dura, la vida difícil de un pueblo viril».

Todo lo ejecutaba con el convencimiento de una causa justa, daba igual el procedimiento, aunque fuese por la fuerza. El fin de la idea era

primordial. Si había que extirpar el cáncer no tenían cabida ni los remordimientos ni los sentimentalismos.

Muy ordenado, guardaba, en el segundo cajón de su mesa, una fotografía de José Millán-Astray, fallecido en 1954, fundador de la Legión. Un personaje histriónico que durante la guerra del Rif sufrió cuatro graves heridas, amputado del brazo izquierdo y perdió el ojo derecho. Creó Radio Nacional de España como medio de propaganda; tuvo un enfrentamiento con Miguel de Unamuno en el año 1936, al que le costó el cargo de rector vitalicio de la Universidad de Salamanca.

Cerró el cajón y llamó a Abilio Fernández, comisario de 1ª. Era al que apreciaba más, si así se podía decir, entre sus subordinados.

Abilio tenía cincuenta y ocho años, de complexión fuerte. Llevaba al menos diez años al mando de Julián García, siempre con algún escalafón de más. De sentimiento patriota, había sido miembro de la Falange, apartándose en los últimos años, como otros, del partido. Ideológicamente no era tan exacerbado como el comisario principal, dejaba hacer, limitándose a recibir órdenes y cumplirlas a rajatabla.

—Pasa, siéntate. Debemos hablar con tranquilidad —dijo con aspereza.

—Tú dirás. —Abilio quiso escrutarle la cara para adivinar lo que había en aquella cabeza, aunque imaginaba y temía el motivo.

—Es por la maldita noticia del periodicucho.

—Supongo que se podrá solucionar sin más, no nos va a complicar la vida. —Quiso apaciguarlo para quitar hierro al asunto.

—Estoy hasta los cojones de las llamadas. —Señaló con el dedo índice el teléfono.

Fernández lo miró atentamente, dirigió su mirada de forma inconsciente hacia el teléfono. Intentó evitar un amago de bostezo apretando sus mejillas, con disimulo, con la mano derecha.

—El gobernador, que no tiene otra cosa que hacer, cuando lee una noticia que altera el orden público se sulfura como un león enjaulado. De inmediato ha llamado al fiscal Tamudo y este, claro, a nosotros para abrir una investigación, no soporta que durante su mandato pueda darse una imagen de delincuencia descontrolada.

El gobernador civil era Felipe Acedo Colunga, un militar y abogado

que detentaba el cargo desde 1951, de talante autoritario. Participó de manera destacada en el Consejo de Guerra contra los participantes en la insurrección obrera de Asturias en 1934, y muy activo, como fiscal, en la represión contra los elementos discordantes con el franquismo, decía: «Hay que eliminar toda la criminalidad en España. Decir esto equivale a suprimir todos los criminales que bajo las banderas rojas han deshonrado la noble hidalguía de nuestro pueblo». Muy influyente en la legislación en los años posteriores a la guerra civil. Debido a su excesivo autoritarismo se le denominaba despectivamente la Mula y, algunos que estuvieron con Francisco Franco, le oyeron comentar sobre el gobernador que lo consideraba «poco flexible y algo impulsivo».

—No tiene motivos —contestó Abilio—. Si miras el año pasado cuántos crímenes se cometieron, ¿dos, tres? Aunque claro, este caso...

Un ataque de rabia se apoderó del comisario principal. Dio un golpe sobre la mesa.

—Tanto miedo con los putos americanos. Como si les importase tanto un asesinato de más o de menos.

—Supongo que el problema vendrá de Madrid. Alguien habrá cogido el diario, alguien que quiere ver al gobernador en las Antípodas y estará achuchando a la Dirección General de Seguridad. No le daría mayor importancia.

—Abilio, no me toques los cojones. —Julián le puso el periódico en las narices—. A mí esto me saca de quicio. No quiero crímenes cuando no lo son. —Lo miró con detenimiento—. O es que no hacemos las cosas bien. Mira, Abilio, te tengo aprecio, pero si en esto hay algún desliz, el primero que se va de cabeza serás tú. Nos rompemos los cuernos para tener una nación limpia de comunistas y anarquistas. Es por ello que hacemos lo que hacemos, ¿no? Nada de relajación. ¡Hostias!

Abilio se removió del asiento. Su rutina diaria le demostraba que todo se solucionaba de una manera u otra. Por mucha mierda que hubiese, ¿quién ponía impedimentos? No era un obcecado como su jefe, tan purista ideológicamente. Hizo un imperceptible movimiento de hombros.

—Lo que tú digas, Julián. Vamos a esmerarnos, pero sabes que...

—Sólo sé —dijo elevando la voz, una voz aguda que resonaba en aquellas cuatro paredes— que esto lo quiero solucionado en dos días. Ya

he hablado con ese pelagatos del director del hospital. No concibo qué teme. En cuanto al bobo que comanda ese periodicucho infumable, le he hecho cagarse en los pantalones, la rectificación será un hecho. —Señaló de nuevo el diario, ya muy arrugado—. Joder, no entiendo cómo a alguien del Gobierno le dio por nombrar a ese hombre director. Ojalá todos fueran como Luis de Galinsoga, el de *La Vanguardia*, que los tiene bien puestos. —Galinsoga, que llevaba veinte años de director, el 21 de junio de 1959 protestó en la sacristía de la iglesia de San Ildefonso porque el cura realizó el sermón en catalán, enfurecido, antes de salir de la iglesia gritó «todos los catalanes son una mierda». Aquello ocasionó un gran revuelo, incluso el ministro de Información y Turismo, Gabriel Arias-Salgado, lo llamó para que controlase su furia—. Pero para que el señor gobernador esté tranquilo le vamos a hacer un detallado informe.

A Abilio le extrañó, pero no dijo nada, a qué venía tanto formulismo, podría escribir un libro con los asuntos manipulados, pero mejor callar.

—O sea, vamos a seguir un protocolo —continuó Julián golpeando con la punta del bolígrafo sobre la mesa llena de papeles—. Te vas a buscar a alguien, te vas al hospital, ya llamaré al director, y haces lo que sabes hacer —le dijo irónicamente, mientras juntaba las manos por las puntas de los dedos, luego, recostándose en su silla, estuvo unos segundos pensando. Cogió el paquete de Ducados que tenía sobre su escritorio, tomó un cigarrillo, lo golpeó en la mesa por la punta y lo encendió, aspirando profundamente. Le encantaba el olor del tabaco en su primera calada—. Sabes qué, ¿por qué no te llevas a ese Preda?, ahora que ha ascendido a inspector de 1ª.

—¿Preda? —dijo sorprendido Abilio—. Siempre voy con Cañizares.

—Porque no me gusta, y si algo sale mal, que no saldrá, ¿verdad?, pero si saliese mal se lo vamos a endiñar a él. Además, siendo bisoño en el cargo dirá amén a todo.

—Preda no es ningún tonto y ya sabes.

—Ya sé. Tiene el manto del general —dijo Julián imitando con su voz aflicción—. Mejor que mejor. No querrá darle más vueltas al asunto para no enfrentarse con su mentor.

—De acuerdo, hablaré con él —dijo resignado.

—Dale mis felicitaciones por el ascenso —ironizó—. Algún día

también se las daré al general.

—Le comentaré que sin venir a cuento *El Correo Catalán* ha publicado la noticia de un asesinato sin ton ni son, cuando los otros publicaron lo correcto. El gobernador, un tipo tiquismiquis, quiere sobre la mesa todos los detalles.

—¿Que son?

—Que a un auténtico majadero le dio por ir a pasear en Nochevieja a Collserola. El muy lerdo, embobado, tropezó con algo, cayó al precipicio, su cabeza de chorlito dio con una piedra y quedó seco yéndose su alma al cielo junto a sus pecados. Le enseñaré el informe del forense: golpe fortuito, rasguños por la caída, etc. Para acabar, haremos el paripé...

—Abilio, no sigas tocándome los cojones si no quieres que te meta de vigilante por las noches.

—Lo siento. —Pensó que se había pasado con las confianzas—. El director del hospital confirmará que era un buen hombre. Aquí paz y después gloria.

—Que Preda tome nota de todo, pero el informe lo haces tú. Dos días todo lo más. De los padres del fallecido te encargas tú solito. No embrollemos más.

—¿Alguna cosa más, comisario principal? —Abilio, sin querer, pareció decirlo con sarcasmo.

Julián García lo miró suspicaz. Iba a decirle: «Abilio, no me toques los cojones», pero se abstuvo, por el contrario, dijo.

—A ver qué tal ese Preda. No lo veo con el suficiente espíritu que debe tener un miembro de la jefatura, demasiado incrédulo. No sé qué le ha visto el general, aunque sea de su familia. Mejor no perderlo de vista. A mis órdenes deben estar los mejores. —Le acudió a la mente unos de los discursos del Caudillo—. Si le veo tontear le mando una visita de los del piso de arriba, nuestros amigos, los hermanos Creix —indicó con mofa.

5

Carlos Preda nació el 8 de enero de 1931. Tenía cinco años cuando dio comienzo la guerra civil. En los primeros días de la contienda sus padres tuvieron que cambiar los planes porque se tenían que trasladar a Valencia, debido a que su padre, por mediación de un amigo, encontró trabajo de carpintero. Pero, ante los rumores del enfrentamiento y la inseguridad, decidieron quedarse. No quisieron marchar y emprender un viaje que les parecía inseguro con dos niños pequeños, ya que Carlos tenía una hermana dos años mayor.

El padre de Preda tenía dos hermanos. Uno de ellos, Joaquín, contrario a los ideales comunistas y anarquistas que estaban en Barcelona y, a consecuencia de tener una novia cuyos padres pertenecían a la alta burguesía catalana, decidió aliarse con el bando sublevado y huyó precipitadamente por temor a represalias, con los padres de la novia, a territorios de la facción nacional.

Su padre y el otro hermano, Pedro, se alistaron con los republicanos. Ambos murieron en el año 1937, con una diferencia de ocho meses. De esta forma su madre quedó viuda con dos niños de corta edad, desamparada y sin recursos, subsistiendo como podía, al igual que tantos otros.

Pero una vez terminada la guerra, su tío, junto con los vencedores, volvió a Barcelona. Llegó con su esposa y sus suegros, con un retoño de casi un año. Al que se sumaría años más tarde una niña. Los padres de su mujer recuperaron su antigua vida y sus posesiones, cimentadas en la industria textil. Una vida cómoda, con toda clase de lujos, rodeados de la miseria general.

Joaquín Preda Cabestany había escalado en la jerarquía militar. A sus